

BURGER, Hermann: *Tractatus logico-suicidalis. Matarse uno mismo*, traducción, epílogo y notas de Andreas Lampert, Pre-textos, Valencia, 2017, 244p.

Hermann Burger fue un germanista, periodista y escritor suizo. Se doctoró en la Universidad de Zúrich con una tesis sobre Paul Celan y tuvo esporádicos contratos con las universidades de Berna, Friburgo y Zúrich. Además de haber sido miembro de la famosa *Deutsche Akademie für Sprache und Dichtung* y merecedor de varios galardones, Burger tiene una extensa producción literaria que no es ajena a cuestiones filosóficas. En el presente escrito se exhibe el *Tractatus logico-suicidalis* que es una de las últimas demoras escritas antes del suicidio de uno de los escritores más individualistas, radicales y consecuentes del siglo XX.

Gracias a la editorial Pre-textos se ofrece —por primera vez en español— la traducción de una de las obras más importantes de Burger. El texto está conformado por un total de 244 páginas y contiene una introducción de Burger, un tratado sobre el suicidio y un epílogo del traductor.

Con una clara influencia wittgensteiniana, el libro promete orden, sentido, categorías, visión general, claridad, normas y cuánto se espera de un tratado solo que, en esta ocasión, es distinto. El *Tractatus* comienza con una introducción que, concretamente, es una narración breve en tercera persona que hace mención a Hermann Burger. En dicho relato —escrito con tono de acta notarial antigua y salpicado de un humor característico del chismorreo y la maledicencia—, se toma a Burger como sospechoso de haber cometido suicidio. Esto es falso ya que él no se encontraba muerto sino, más bien, había pasado la noche con una camarera. El personaje de Burger es encontrado desayunando en la cafetería al día siguiente. Este relato autorreferencial e introductorio permite al lector observar la estrategia retórica de Burger de

---

Recibido: 13/08/2019. Aceptado: 04/09/2019.

autocolocarse como objeto y, simultáneamente, resaltar la ironía propia del *Tractatus*. También posibilita vislumbrar aquel “saber fatal” del que Burger habla y que está retratado en los 1046 epígrafes que constituyen el tratado.

En estos epígrafes, Burger explica qué entiende por suicidio valiéndose de diferentes perspectivas que abarcan la psiquiatría, la religión, la medicina y la filosofía. Este escrito es un *testimonio* de cómo se juzga y condena el suicidio como un acto amoral. Incluso, muestra claramente la hipócrita reacción de la sociedad frente a la muerte voluntaria como también las consignas de aliento que emite en nombre de la “salud”, de “Dios” y de la “vida”.

Los epígrafes —los cuales Burger llama “mortologismos”— ofrecen, como si fuesen las nuevas cien máscaras, noveles variantes de interpretación y, en vez de crear una teoría estrictamente hablando, componen un vacío, un “desconcierto”. Es así como estos mortologismos tratan sobre la muerte y el suicidio y, a su vez, brindan una panorámica de exponentes del pensamiento con los que Burger entra en diálogo. Entre los pensadores con los que Burger conversa —explícita e implícitamente— se encuentran Wittgenstein, Kleist, Kafka, Jean Améry, Cioran, Camus, Hebbel, Bernhard, Jean Paul, Kierkegaard, Valéry, Shakespeare, Muschg, Fritz Zorn, Freud, entre los más destacados. Además, en el tratado se observa la confrontación que lleva a cabo Burger con teorías sobre el arte de la magia, la psicoterapia, el psicoanálisis y muchas otras disciplinas.

En la pluralidad de definiciones que expone dicho tratado se mantiene una que, desde la perspectiva de Burger, es de las más importantes ya que da inicio a su *Tractatus*. Consiste en la definición del término “mortología” (*Totologie*) que se encuentra en el mortologismo número 4. Dicha definición nos explica que “llamamos ‘mortología’ a la teoría y filosofía que estudian el total predominio de la muerte sobre la vida”.

Asimismo, respecto a la estructura del tratado, se destaca la numeración simple y consecutiva que posee y que la dota de una apariencia “ordenada” y, de igual forma, “paradójica” ya que en el tratado reina el caos, el sinsentido y el contrasentido. Se nota, así, uno de los objetivos de Burger que es poner en ridículo todo orden o sistematización. Igualmente, otra de las cualidades de la obra es que, en muchas partes de ella, Burger varía la forma de exponer sus ideas. Es decir, pasa de la reflexión sobre un tema en un determinado mortologismo a desarrollarlo e incluso a refutarlo en el siguiente. Ejemplo de esta última taxonomía se divisa cuando trata el tema del suicidio como un “número de cabaret”, luego como “liberación y solución” para finalmente tratarlo como un “problema patológico” o de orden

“existencial”. Con esto, Burger manifiesta que los mortologismos cuentan con tantas “caras” como sentidos posibles que les adjudicamos por medio del lenguaje, análogamente a las “cien nuevas caras” que posee el artista.

El *Tractatus* no es una mera “autobiografía”, tampoco una “confesión” ni mucho menos una “historia clínica”. Es un conglomerado de citas, reflexiones y autorreflexiones sobre un tema que es muy importante. Quizá, el *más* importante según Camus. El libro es una continua búsqueda seria de la afirmación camusiana que integra —y se enriquece— adaptando otros *yoes*. Es un macabro y brillante juego de ocultaciones y, sobre todo, un monolítico bloque de palabras que se pierde consigo mismo en un infinito monólogo. Es un texto que incorpora a un *tú*, es decir, incorpora a “todo el mundo”.

Este escrito puede ser entendido como una victoria del arte por encima de la muerte, así también como un documento en el que las estrategias de verbalización no dan buenos resultados ya que la muerte, al convertirse en símbolos, se la despoja de su poder y ya no es posible controlarla —sin dejar de lado que, en ese mismo proceso, uno se vuelve víctima y dependiente.

Esta obra de Burger no es un simple proyecto literario —y filosófico—, sino que es el último gran sarcasmo erudito y quizá uno de los textos en lengua alemana que pone de manifiesto, del modo más despiadado y radical, el mensaje de que la vida no siempre se consigue con éxito. En este sentido, Burger es un “pájaro que ensucia su nido” y da a entender, con su *Tractatus*, que la literatura inteligente no conoce fronteras de ningún tipo. Su texto está en un constante contacto directo con la literatura universal, la filosofía y la ciencia por lo que sería un error catalogar —y sintetizar— a Burger como un “escritor suizo”.

Cabe destacar el trabajo de traducción de Andreas Lampert de esta voluminosa obra como también el enorme —y meritorio— esfuerzo de escribir un epílogo que ayuda a todo lector a ingresar en la primera obra traducida al español de Hermann Burger. Se valora la iniciativa de traducción como punto de partida para que la obra de este personaje continúe traduciéndose y quizá esto permitirá que este controvertido autor comience a ser leído y estudiado más allá de los anaqueles de los muy pocos doctos que lo conocen.

Carlos Dario Romero